

## LA MÚSICA NO VIAJA SOLA

**Augusto Ferrero**

Éste es el título del libro del gran maestro mexicano Luis Herrera de la Fuente, quien durante siete años estuvo a cargo de la dirección de nuestra Orquesta Sinfónica Nacional. En él, a manera de Memorias o monólogo, saca el «polvo viejo del desván» para narrarnos sus vivencias humanas y artísticas. Así, la música viaja con la vida, entreverándose con ella.

El nacimiento del maestro Herrera fue premonitorio, pues los dolores del parto se produjeron cuando sus padres escuchaban la ópera Aída. Cuando Radamés cantaba «**Ritorna vincitor**», su madre dijo: «Vamonos, creo que va a nacer». Esta circunstancia curiosa se volvería a repetir, ya que su madre solía decirle que cuando estuviera muriéndose le tocara el concierto de piano de Tchaikovsky, pues quería irse con las notas de esa música. Curiosamente, en el instante en que falleció, el maestro se encontraba dirigiendo dicho concierto en Oklahoma.

Herrera estudió violín con un discípulo de Joachim, a quien Brahms dedicó su concierto para violín. También tocó órgano, ejecutándolo en la Segunda Sinfonía de Saint Saens. Absorbió la música desde muy joven. «Piel porosa tiene el niño, se impregna fácilmente de los aromas cercanos», nos dice. No obstante su amor por la música, se quejaba de malgastar tres horas al piano mientras la vida transcurría afuera: los juegos, su flojera, los libros... Debutó como pianista a los once años, sintiendo el susto-gusto que lo acompañó setenta años, «como parte de la cúpula obligada de obra e intérprete ante un juez». Dos años después se desempeñaba como compositor, creando una «fantasía en do menor». Entonces, fue invitado por una señora a estudiar en el piano de su casa, la cual le dijo: «como nadie lo toca, se está quedando sordo». Le llamó la atención un día ser observado en silencio por dos personas, quienes lo aplaudieron al llegar al acorde final. Una de ellas era David Alfaro Siqueiros, una de las glorias muralistas de México. Revela cómo cuando acudía todos los sábados a tomar clases de piano, conoció a Victoria, su esposa, que hacía lo mismo. Con poesía, la describe como poseedora de un juicio de acero y mano de terciopelo, diciendo que «por ventura, su sonrisa y su inventiva conservan limpia nuestra morada, enrojecidos los leños, verde el árbol».

Conversando con Arrau y Szeryng, éstos le expresaron que el ejercicio de la mecánica era trascendente; a otros les parecía una inútil penitencia y, para el egregio pianista Walter Gieseking, era el tiempo estúpido del que había que prescindir cuanto antes. Nos narra que éste estudiaba en sus últimos años directamente de la página al cerebro, empleando sólo un par de horas por concierto en el deporte de los dedos.

Conoció a los grandes compositores mexicanos Pablo Moncayo –autor de **Huapango**-, a quien suplió ocasionalmente como pianista de la Orquesta, y Silvestre Revueltas, con quien cruzó un par de palabras, no atreviéndose a más al haberlo inhibido su persona, volumen y leyenda. Aceptó la subdirección de la Sinfónica Nacional que dirigía a la sazón el primero. Trató con Kleiber, Kubelik, Rodzinski, Iturbi y Horenstein, trabando amistad con los dos últimos. Para él, Franco Ferrara fue el más conspicuo maestro de dirección de orquesta en Italia, considerándolo de la talla de Toscanini. En Roma, conoció a Benedetti Michelangeli y a Carlo Zecchi, grandes pianistas con quienes recorría buenos restaurantes. En dicha ciudad, en 1950 logró entrar a un ensayo de Furtwangler en el Teatro Argentina, cuando el gran director fue a Roma a dirigir un concierto con la Orquesta de Santa Cecilia, después de haber dirigido el Ciclo del Oro del Rhin en la Scala.

Como director, abordó a compositores como Stravinsky, Ravel y Debussy, los cuales le exigieron «músculo nuevo, hormona diferente», con torpeza que le atacaba los dedos y la mente por momentos en el aire. Sin conocer al poeta -nos dice-, intuyó que el camino se hace andando. Alternó con los más grandes compositores contemporáneos. Entre ellos, destaca su relación con Darius Milhaud, gran enamorado de México. Estando en París para dirigir la Orquesta Lamoureux, conoció, después de un ensayo, a los músicos griegos Iannis Xenakis y Mikis Theodorakis. En México, trató personalmente a Igor Stravinsky y más tarde, nos cuenta que asistió al estreno en París de su obra **The Rake's Progress**, después del cual cenó con Jasha Horenstein y François Poulenc. Define la música de este último como ágil, suspendida en la gracia, y señala que entre los músicos que ha tratado es el único cuyo recuerdo le suscita una sonrisa. Siendo director de la Sinfónica Nacional, invitó a tres grandes compositores soviéticos a México: Shostakovich, Kachaturian y Kabalevski.

No ha sido el canto ajeno a su vida. El tigre Emilio Azcárraga, dueño de Televisa, lo escuchó en una prueba y le preguntó que quería hacer. Cuando el maestro le respondió que estudiaba composición, el empresario le espetó a quemarropa: ¡Que bruto eres! ¿Con esa voz y te vas a dedicar a la música **misteriosa?**» No deja de ser graciosa esta acepción para denominar la música culta. Después, don Emilio le pidió participar en un programa **Tres voces jóvenes de México**. Herrera cantó *Cuesta abajo* en estilo de Gardel y Jorge Negrete cantó ópera: «**Eri tu**», el aria que canta Renato en el tercer acto de «**Un Ballo in Maschera**» de Giuseppe Verdi.

Se reunía en México con Juan José Arreola, Juan Rulfo y el peruano José Durand. Leían en prosa o verso, hacían bromas o se ufanaban de chismes cultos. Nuestro compatriota lo impresionó mucho. Su conocimiento de Garcilaso hizo que Juan Rulfo lo apodara **el Inca**. Gran lector y cultor de la música, lo que más le impactó de Durand fue cómo tocaba el cajón.

Para los aficionados a la interpretación musical, las páginas más sabrosas son las dedicadas a sus lecciones de dirección de orquesta tomadas con Sergiu Celibidache y Hermann Scherchen. Al primero le expresa especial gratitud. Tuvo con él clases en México y Venecia, ciudad de la cual nos dice que «cada piedra que se pisa es letra de poema». Para tomar clases con el segundo, hubo de aventurar un viaje a Europa con el riesgo de no ser admitido. Tenía treinta y cuatro años. El examen consistió en escribir en el pizarrón lo que Scherchen tocaba al piano; además, lectura de partituras a primera vista. Finalmente, le alcanzó la de **La historia del soldado** de Stravinsky, conocida como de extrema complejidad, y le dijo: «Esto de memoria para el jueves». Fue admitido. Después de varios meses de clases en Zurich, viajaron juntos a Italia, pidiéndole Scherchen que lo ayudara a hacer un estudio de las sinfonías de Beethoven. Para poder adquirir las partituras, Herrera se las tuvo que agenciar de guía turístico en Roma.

Anécdota graciosa es la que refiere lo que le dijo Scherchen de Celibidache cuando Herrera le contó que había tomado clases con él: «Es un cerdo». Cuando, tiempo después, se encontró con Celibidache y éste supo que había estudiado con Scherchen, le dijo de él: «Es un cerdo».

Sus viajes le permitieron alternar con grandes personajes. Concurrió al estreno de la película *Orfeo* de Jean

Cocteau, quien fue presentado en el teatro por Curcio Malaparte. El encuentro con estos dos personajes lo convenció de que uno habla en Europa con los dioses y pisa donde han pisado los que han hecho grandes gajos de la historia. En Florencia, trató a Luigi Dallapiccola, con quien solía tocar a cuatro manos en su casa frente a Palazzo Pitti, enfrascándose con él en largas pláticas en la Trattoria Al'Antico Fattore. Estando en Cuba, se acercó a saludarlo después del ensayo Alejo Carpentier, a quien califica de buen pianista y gran lector de música, además de eximio literato.

Tuvo la audaz idea de hacer una gira por Europa con la Orquesta de México, contra toda la crítica pesimista de su país. Tocaron para la Expo 58 en Bruselas, en la Salle Pleyel en París y en el Royal Festival Hall de Londres. La crítica del **Times** de este último concierto no pudo ser más elocuente: «Felicito a los arquitectos constructores del Royal Festival Hall; resistió la ovación prodigada a la Orquesta Sinfónica Nacional de México».

Vino a Lima contratado como Director de la Orquesta Sinfónica Nacional, que había sido fundada en 1938 bajo la organización artística de Theo Buchwald y a la cual habían dirigido grandes intérpretes -Kleiber y Celibidache entre los más notables-, amén de los grandes solistas que habían ejecutado con ella. Herrera venía con su experiencia europea y la que le había otorgado dirigir tantos años la Orquesta Sinfónica de México, que había sido fundada en 1928 por Carlos Chávez. Su prestigio hizo que al nombre de la orquesta se le agregara la expresión «Segunda Época». Los años de Lima, iniciados el 18 de agosto de 1965 con un concierto en el cual Claudio Arrau interpretó el segundo concierto para piano de Brahms, son calificados por Herrera como huerto fértil, sabroso, inquieto, milenario. En especial, recordamos de esa época el quinto concierto para piano de Beethoven ejecutado por Frederich Gulda, el concierto para flauta y cémbalo de Haydn interpretado por Jean Pierre Rampal y Robert Veyron Lacroix, el concierto 21 para piano de Mozart con Paul Badura Skoda en el teclado, el concierto para violín de Brahms ejecutado por Christian Ferras y el concierto para piano de Liszt que interpretó el gran pianista español José Iturbi, quien fue precursor de nuestra orquesta. En todos ellos, la batuta precisa de Herrera de la Fuente logró grandes interpretaciones.

Herrera recuerda al Perú de Vallejo, el peso grueso del cielo, la luz, Trujillo, el atajo andino, la vicuña, el oro inca, el hambre eterna, la estatua de Pizarro, la picardía del zambo... Agradece la cordialidad de nuestro público, que le tributó su voto

abierto desde la cazuela hasta el palco presidencial. Nos cuenta que en casa del ministro Carlos Cueto Fernandini comió con José María Arguedas y cómo éste ofreció llevarlo a una fiesta indígena en algún lugar de los Andes. Luego, la gran impresión. El día anterior a la cita, leyó en el diario: «Se suicidó Arguedas». Anota que el eco de una voz que va a morir en horas y lo sabe, deja una resonancia fantasmal y el de una voz que va a morir en horas y no lo sabe crea un agujero en el alma. Lo segundo lo experimentó al recordar a Luis Donaldo Colosio, con quien estuvo días antes de su asesinato.

En 1999 regresó después de muchos años a Lima. Dirigió la Orquesta de la Universidad de Lima en el Auditorio de esta casa de estudios en homenaje a Enrique Pinilla y la generación del cincuenta. Interpretó de memoria partituras del homenajeado, de Enrique Iturriaga, Celso Garrido Lecca, Edgar Valcárcel, Francisco Pulgar Vidal y Armando Guevara Ochoa. En esa oportunidad, hicimos recuerdo de su estada en Lima, del almuerzo que tuvimos en casa de mi padre, a la sazón Director de la Casa de Cultura, con el gran director de orquesta Paul Kletski, quien había venido a dirigir la Orquesta Philharmonia de Londres. Evocó su amistad con esa alma prístina, rebosante de cultura, que fue Abelardo Sánchez León, padre de nuestro vate. Rindió así un gran homenaje a los músicos peruanos y a nuestro público que lo ovacionó con gran admiración y cariño.

Herrera describe en su libro que la vanidad se expresa en la frase «uno tiene su corazoncito». Enseña que la música descansa en cuatro pilastras: creación, obra, interpretación y oyente. Al final, hace un hermoso relato de lo que ha significado su relación con Victoria. Señala que vivir juntos ha sido lo mismo encuentro que invento; conjugación de los verbos: dar y recibir; machaqueo en tierra, vista hacia lo alto, cesión no concesión, más bien convicción.

Se despide poéticamente deseando ser rueda rodando, Franz Schubert en oficio de profeta: «quizá la vida no es más que una Sinfonía Inconclusa, un pentagrama en espera...»

Este comentario es un homenaje a quien transformó la Orquesta Sinfónica Nacional, logrando con ella una de sus mejores épocas. Todos sentimos legítimo orgullo de nuestro conjunto entonces, y tomamos conciencia de que sólo con una dirección como la que le inspiró Herrera de la Fuente es posible lograr interpretaciones del más alto nivel artístico.

